[Texto en el catálogo de la exposición *Enrique Larroy. Insistentemente mareados..* Palacio Montcada, Fraga, 2004]

Los guiños de Larroy

Ricardo García Prats

Enrique Larroy presenta aquí un conjunto de obras recientes rotundas. Discurren concatenadas tres muestras de su último quehacer. La diáfana de la Sala Luzán de Zaragoza, llamada “Entrevistas”; sigue ésta del Palacio Montcada de Fraga, conocida como “Insistentemente mareados” y le seguirá otra en la Diputación de Huesca cuyo nombre, sin duda irónico, lo está pensando todavía el artista. El profesor Azpeitia dice de sus “entrevistas”, algunas de las cuales se marean insistentemente aquí, que son ecos o guiños, más que influencias, de todo un poso oculto que Larroy conoce y digiere.

Las pinturas de Larroy, últimamente llenas de color, atraen por su colorido artificial. Son colores –de caramelo dice Alejandro Ratia- de neón, de feria de atracciones, de fibra óptica. En definitiva, artificiales, inventados por el hombre, o por el azar y caprichos de la ciencia. Son colores que deslumbran, que se entremezclan osadamente. Estos colores, además, van formando falsas arquitecturas. La idea previa la va desarrollando Larroy emotivamente controlada. El reposo de algunos días en el estudio le va dando impulsos para continuar. La geometría conforma una irreal arquitectura. El primer impacto de claridad lineal nos engaña y pasa a enturbiarnos la retina. No es culpa del ojo. La falta de linealidad y de contornos precisos es intencionada. Además las gradaciones de color, la combinación forzada de los mismos nos alejan y

acercan, nos meten en el laberinto. Nos crean el entramado por donde entrar, o por donde salir. Así lo entiende Chus Tudelilla, cuando dice que “el proceso de creación se convierte en el tema d ela pintura, y debido a ello Larroy siente la necesidad de mostrar los diferentes sucesos que han acontecido en su desarrollo”.

Encontramos una arquitectura frágil e inestable. Si nos centramos en la contundente obra que da título a la exposición, observaremos que la inestabilidad se acentúa al converger el montaje de varios lienzos. Podemos decir que una enorme cruz negra da coherencia al entramado de amarillos, naranjas, azules y malvas. Estas engañosas arquitecturas de colores nos producen, tras el primer positivo impacto, una cierta inquietud. Es la sensación de pisar en suelo mojado o en un fondo movedizo. Es la sensación de saborear el caramelo de naranja, que nada tiene que ver con la naranja. Inquietud produce también un cuadro de Malevich de 1920, titulado “Cuadro negro sobre fondo blanco”. Yo siempre he visto el monumento a la Tercera Internacional de Tatlin, inestable. También los homenajes al cuadrado de Joseph Albers provocan preocupación. Para entendernos, los entramados de Mondrian no provocan esas sensaciones inquietantes. Sin embargo irónicamente lo recuerda Larroy, en la serie de papeles al llamarlos “perlas de imitación”. No nos engañemos, el artista nos mete de lleno en la sociedad actual llena de apariencias, de incertidumbres y de artificiosidades.

Los guiños cultos de Larroy nos llevan por escenarios variados del panorama artístico del siglo XX. Se ven guiños a Malevich y los constructivistas, al Rothko de posguerra, con sus espacios imprecisos de color, al op-art de Frank Stella, al conceptualismo, al postminimalismo. Aún interesándole poco algunos expresionismos abstractos como el de Pollock, Enrique Larroy podría conectar con ellos en el método de la pintura como proceso. No se trata de aludir a influencias. Lo que queremos decir es que nuestro artista, con una gran experiencia pictórica, trata la pintura desde un gran conocimiento, con la insistencia del lenguaje de las vanguardias y con un humor explicable principalmente por su amor a la pintura.